

bráicos, valiéndose también de las versiones siríaca y árabe, de las griegas de Aquila, Teodocion y Simaco, y respetando principalmente la de los LXX citada por los Apóstoles.

San Jerónimo es sin duda después de Orígenes el padre más eminente; conociendo el griego, el latín, el hebreo, el caldeo y las costumbres orientales, pudo penetrar en el verdadero sentido literal de la Escrituras, tanto como Orígenes en el sentido espiritual y alegórico. Deben, sin embargo, considerarse las circunstancias en que escribía y sus disidencias personales; y es de sentir que no haya podido limar más detenidamente sus comentarios (31) y que algunas veces se envanezca demasiado de las etimologías de los rabinos. Cuando pasa después al sentido alegórico ó místico, no sabe detener su imaginación; y algunas veces acumulando las diversas interpretaciones de los exégetas, sin resolverse por ninguna, deja al lector en una incertidumbre más dolorosa que la ignorancia.

Moviéndose desde luego una viva guerra contra su traducción; sin embargo, la adoptó la Iglesia en vez de la antigua itálica hecha sobre los LXX y fué el fundamento de la que declaró auténtica el concilio Tridentino (52).

Su *Cánon*, ó sea el catálogo de los escritores eclesiásticos, es un modelo de biografía rápida y elocuente. Escribió también y reunió la vida de los Padres en el desierto, con poca crítica, tradujo y nos conservó de este modo, la *Crónica* de Eusebio, continuándola hasta su tiempo; y en ciento cuarenta y siete cartas trata de importantes cuestiones de exégesis y de moral.

Estas obras están por lo común manchadas con polémicas virulentas impropias no solo de la caridad cristiana, sino de una persona bien educada (33). Algunas veces en las invectivas contra sus

(31) En el comentario al *Eclesiástico*, p. 774, hay un pasaje que pone en grande apuro á los que no creen antigua la confesión auricular: *Si quem serpens diabolus occulte momorderit, et, nullo conscio, eum peccati veneno infecerit, si tacuerit qui percussus est et non egerit penitentiam, nec vulnus suum fratri et magistro voluerit confiteri; magister et frater qui linguam habent ad curandum, facile ei prodesset non poterunt. Si enim erubescat agrotus vulnus confiteri, quod ignorat medicina non curat.*

(32) El mismo nos cuenta que consiguió de los nazareos de Beroe, en Siria, la copia de un Evangelio sirio-caldeo que tradujo al latín y al griego. Decía éste según los hebreos ó según San Mateo; pero habiéndose perdido, no sabemos si será el original del de este evangelista el que se nos ha conservado en latín, ó un quinto evangelio diferente, lo que es probable, por la acusación que Teodoro de Mopsuesta hacía á Jerónimo de haber dado un evangelio nuevo.

(33) Véase lo que escribe contra Vigilancio: «Las Galias no habían producido hasta ahora más que sublimes virtudes, grandes capitanes, eminentes oradores; pero Vigilancio, que más bien debería llamarse Dormitancio, despertando en un momento, y dejando el polvo y el humo de su

adversarios envuelve á las antorchas de la Iglesia, como á San Juan Crisóstomo á quien atacó en vida y después de muerto, y San Agustín, á quien quiso desacreditar y hacer sospechoso.

A éste último trató de envolver también en las disputas de los origenistas; pero Agustín veía de otra manera la teología; y las cuestiones relativas sólo al orden de la creación le parecían hechos consumados y mucho menos importantes que las del orden metafísico; intactas aún, de los misterios de la Gracia y de la redención que nos conducen á la salvación. Y aunque creía que los ataques contra Orígenes habían impedido al cristianismo aceptar soluciones prematuras del problema del origen del alma, creía inoportuno el declararse por una opinión de una manera tan terminante, que dividiese el cuerpo de Cristo. Buscaba por lo tanto la paz, y habiéndole dirigido Jerónimo uno de sus escritos polémicos contra Rufino, el obispo de Hipona, trató de demostrarle con lealtad y caridad que fomentaba injustamente la discordia con suposiciones indignas de él, y concluyó con palabras que convendría gritar con todo el esfuerzo de la voz: «¡Ah! ¡Que no pueda yo encontraros á entrambos en algún sitio! Conmovido cual estoy por el temor, por el dolor, caería á vuestros pies, lloraría, suplicaría, y os rogaría á cada uno y á ambos el uno por el otro y por los demás, y principalmente por los débiles por quienes murió Cristo, y que tienen fijos los ojos en vosotros con grave peligro en este teatro de la vida, y os conjuraría á que no divulgaseis escritos que algún día, cuando esteis reconciliados, deseareis, y no podreis borrar, escritos que ahora os impiden reconciliaros, y que reconciliados, temereis leer por no volver á la lucha.» (34)

Otra tentación agitaba á Jerónimo además de los recuerdos del mundo, y era su afición á las letras profanas, uno de los obstáculos más poderosos para alejar á los doctos de una religión que renegaba del culto inspirador de Homero y de Virgilio. Educado para idolatrar la forma con detrimento de la esencia, se nutría Jerónimo con sus libros, adquiridos á costa de tantos afanes, única riqueza que conservaba en su ermita. Pero cuando dejaba á Platón y á Cicerón para embeberse en los profetas, le parecían ásperos y descuidados en aquella sublimidad de pensamientos que desdeña los ornamentos artificiales. Habiendo caído enfermo se creyó trasladado en espíritu al tribunal del Juez Supremo, quien le reconvinó por ser más ciceroniano que cristiano; alegoría en que se revela aquella lucha del genio con la imaginación, lucha que prolongó la agonía del paganismo, aunque destituido de toda convicción.

cocina, les quita de un solo golpe su prerogativa. Este hostalero civilizado, mezcla continuamente el agua y el vino, y con la maña de su primera profesión trata de alterar la pureza de la fe católica, é introducir la hez de la herejía, etc.» (34) *Ep.* 35.

Conociendo por experiencia propia que algunas lecturas secan las flores celestes bajo el lozano ramaje de importunos pensamientos; y destruyen la afición á los estudios más convenientes á un cristiano, ya Jerónimo en tardía edad inculcaba á los que, después de haber abandonado la sabiduría del siglo, se disgustaban de la sencillez de las Escrituras y volvían á leer á los poetas (35). Sin embargo les tuvo siempre mucha afición, tanto que le acusaban de ello sus adversarios; y Rufino le tenía por muy culpable por gustarle demasiado la literatura profana. «Podría citar á muchos religiosos que en sus celdas sobre el monte de las Olivas han copiado los diálogos de Cicerón para su uso; yo mismo he tenido los cuadernos en la mano y los he leído una vez y otra. Niegue si puede que viniendo á visitarme desde Belén á Jerusalén traje consigo un diálogo de Cicerón. Hay más: Jerónimo, en el convento de Belén componía una obra de gramática profana, y explicaba su querido Virgilio y otros autores líricos, cómicos, historiadores, á niños que le eran confiados para que los educara en el temor de Dios.» (36)

San Paulino, 353-431.—Copiamos estos pormenores para hacer comprender la lucha empeñada entre las dos civilizaciones en la literatura como en todas las demás cosas. Narraremos otro hecho tomado de la vida de Poncio Meropio Paulino. Nacido en Burdeos de un prefecto del pretorio de las Galias, fué recomendado al emperador Graciano, llegando á ser en calidad de cónsul, su colega. Después de ser investido con las primeras dignidades en España y en las Galias, gobernó la Campania. Afamadísimo por su sabiduría, se había casado con una española de una familia extraordinariamente rica. Agobiado de amarguras implora primeramente al cielo para que le liberte de sus dolores, del peso de su mujer y de sus hijos. Sometiéndose luego á la voluntad de Dios, acepta una vida de angustias y de resignación y se retira del mundo. Su mujer es para él como una hermana, sufre el rigor del sacrificio; retirado en Roma (390) recibe allí el bautismo. Enseguida le reclama por sacerdote el pueblo de Barcelona, á quien había hecho donación de parte de sus bienes.

Mostrábase llenos de júbilo los cristianos por adquisición semejante, daban los obispos acciones públicas de gracias, á la par que los paganos se indignaban de ella. Se alejaban de su lado como de un desierto los deudos y los amigos que le encontraban al paso. Clientes, libertos, esclavos, consideraban como rotos los vínculos que los ligaban á su persona. Nada descuidó el poeta Ausonio para apartarle de su resolución, no pudiendo llegar á comprender en medio de las frivolidades literarias de aquél tiempo que la convicción y la autoridad de la conciencia supieran resistir á quejas y á

consejos. Escribióle, pues, á fin de restituírle al paganismo y á la literatura. Como no recibía respuesta volvió á la carga recordándole sus comunes estudios, su amistad y lo que exigía el decoro. No prestándole tampoco oídos, le deseó mil infortunios literarios, invocando á las musas griegas, á fin de que restituyeran un poeta á las del Lacio (37). Paulino rompió al fin el silencio á su cuarta invitación para que cesara de implorar á las musas que había repudiado, porque su corazón, consagrado exclusivamente al culto de un solo Dios, no tenía ya lugar para ellas ni para Apolo. Además le decía que ni el tiempo ni las circunstancias le borrarían de su memoria.

Habiendo ido Paulino á Italia; y animándole de nuevo ardor sus pláticas con San Ambrosio, se retiró á una soledad cerca de Nola, donde vivió dieciseis años con su mujer, fundando una especie de Tebaida en medio de las delicias de la Campania. Erigió á San Félix una iglesia que hizo adornar de pinturas representando asuntos del Antiguo Testamento, y los aldeanos experimentaban tanto gusto en miraras, que hasta de comer se olvidaban á veces. Absorto en una paz que no puede arrebatar el mundo, los bárbaros amenazadores no le infundían ningun miedo. Todos los años, el día del santo, objeto de su predilección, componía un canto en honor suyo; y aunque los amigos exclusivos de la forma pretenden que escribía mejor de pagano que de convertido, Ausonio hallaba sus versos suaves y cadenciosos (38), y San Agustín encomiaba su *piEDAD PLAINIDERA*. Nombrado obispo, (409) mantuvo una correspondencia epistolar con Ambrosio, Jerónimo, Agustín, con Asia, Atrica é Italia, y resultó de aquí un trueque de ideas, de consejos, de aclaraciones. Hablaba al pueblo con una sencillez en que se comprendía que el cristianismo ha salido del pueblo para el pueblo, y en aquél tono familiar é ingenuo que trae esta religión de su origen y que está en su esencia. Empieza su discurso sobre la limosna de este modo: «Mis queridos amigos, no sin causa se pone el pesebre delante de los animales, ni solo se hace por el placer de los ojos. Es una especie de mesa para uso de los animales desprovistos de razón, preparada por la razón del hombre, á fin de que los cuadrúpedos puedan tener alimento. Si los que han construido el pesebre descuidan poner allí heno, no tardarán

(37) *Impie, Pirithoo disjungere Thesea posses, Euryalumque suo socium secernere Niso... Jam nomina nostra parabant Inserere antiquis cævi melioris amicis... Nos studiis animisque iisdem, miracula cunctis... Imprecor ex merito quid non tibi, iberica tellus! Te populent Pæni, te perfidus Hannibal urat... Gaudia non illuc vegetent; non dulcia vatum Carmina, non blande modulatio flexa querela... Hæc precor, hanc vocem, bæotia numina Musa, Accipite, et latius vatem revocate Camænis.*

(38) *Hæc tu quam concinne, modulate et dulciter!*

(35) *Ep.* IV ad *Fabiol.*, del año 401.

(36) *Opera*, t. III, p. 246.

los animales en ser devorados por el hambre: sino comen, el hambre los comerá á ellos. Advertidos por este ejemplo, guardémonos de descuidar la mesa que Dios colocó en su iglesia...»

**San Hilario de Poitiers.**—La Galia Narbonense que cada vez se amoldaba más á los romanos, fué teatro donde se desplegó el valor de San Hilario. Vástago de buena familia, se aplicó al estudio y llegó á la verdad paso á paso, renunciando primero á los placeres de los sentidos, dedicándose luego á meditar sobre la divinidad para pasar de la creencia en Dios á la de un alma inmortal y de un mediador divino. Ordenado sacerdote y nombrado después obispo de Poitiers sostuvo á San Atanasio; y confinado por Constancio á Oriente (350) conoció allí los grandes doctores que eran su gloria: sus pláticas le infundieron nueva energía. Habiéndose dirigido á Constantinopla presentó una demanda para obtener que su doctrina fuera tolerada y se le permitiera sostenerla contra los arrianos; pero su solicitud no fué otorgada, y se entregó á violentas invectivas contra el soberano del imperio. «¡Ah, si estuviésemos todavía en los tiempos de Nerón y de Decio! Combatiríamos al descubierto y con confianza contra los sicarios y los verdugos, y tu pueblo, viendo la persecución pública, nos seguiría como á sus caudillos. Actualmente peleamos contra un perseguidor que disimula; contra un enemigo que prodiga caricias; contra el Anticristo Constancio, que no hiere, sino que halaga; que no proscriba nuestras cabezas, sino que nos enriquece para corrompernos; que no nos empuja á la libertad cristiana por el camino de los calabozos sino que nos honra en su palacio para avasallarnos... No pelea porque teme quedar vencido, sino que, para dominar, lisongea. Confíase á Cristo únicamente para negarle; busca la unidad para estorbar la paz; comprime las herejías para que no haya más cristianos; honra á los sacerdotes para que sean degradados los obispos; construye iglesias para destruir la fe; te digo, Constancio, lo que Nerón, Decio y Máximo hubieran oído de mi boca. Combates contra Dios, te encarnizas contra la Iglesia, persigues á los santos, detestas á los predicadores de Cristo, destruyes la religión, eres tirano, no de las cosas humanas, sino de las cosas divinas; acreditas un cristianismo engañoso; eres el nuevo enemigo de Cristo, el precursor del Anticristo cuyos misterios de iniquidad comienzas; fabricas una profesión de fe y vives contra la fe misma; perturbas lo antiguo y mancillas lo nuevo.»

Aquí se perciben los ímpetus de aquél á quien San Jerónimo denominaba *eloquentiæ latinæ Rhodanus*, imagen atrevida, si bien expresiva de su dialéctica vigorosa, de su modo de raciocinar que era vivo y convincente, y secundado por un estilo espléndido y redundante. Su tratado *De la Trinidad*, el más regular y acabado que se ha escrito sobre este misterio, fué compuesto en el destierro, así como el de *los Sinodos*, y diferentes obras di-

rigidas al emperador. Como Constancio repetía de continuo: *No quiero que se use de expresiones desconocidas á las Sagradas Escrituras*, repuso Hilario: «¿Quién eres tú para imponer preceptos á los obispos, y para privarlos del derecho de predicar á su albedrío la doctrina apostólica? Eso es como si alguno dijera: Hé aquí nuevos venenos, no quiero nuevos antídotos.»

Cuando fué restituido á su sede en el momento en que los creyentes descansaban bajo Valentiniano, denunció públicamente á Auxencio, obispo de Milán, que, á las órdenes de príncipes arrianos había profesado sus doctrinas. Auxencio hizo que el emperador le condenara entonces como perturbador de la Iglesia; pero Hilario dirigió á los obispos y al pueblo una defensa elocuente: «Deploramos, dice, nuestros aciagos días, gimamos por las locuras de un tiempo en que se cree que Dios necesita de la protección de los hombres, y en el que se quiere defender á Cristo con ayuda de las intrigas del mundo; ¡oh obispos que os creéis tales, respondedme en vuestra fe! ¿De qué apoyos humanos se sirvieron los Apóstoles para predicar el Evangelio y convertir al verdadero Dios las naciones consagradas á la idolatría? ¿Aspiraban á ganarse el favor de la corte, cuando cantaban himnos al Señor, desde el fondo de sus calabozos, hallándose cargados de cadenas y después de sufrir el tormento? Pablo, ofrecido en espectáculo dentro del circo, ¿recurrió á los edictos del príncipe para formar una iglesia á Jesucristo? ¿Era para él por ventura el apoyo de los príncipes un medio de defensa, ó fué más bien su odio el que hizo florecer el Evangelio? Cuando los Apóstoles vivían del trabajo de sus manos y recorrían las ciudades, las aldeas y los países remotos, á despecho de los reyes y del Senado, ¿creéis que no poseyeran las llaves del cielo? Al revés, la virtud de Dios se manifestó entonces á pesar de la envidia de los hombres, y cuanto más prohibido era el Evangelio más fervorosamente lo pregonaban en todas partes. Pero actualmente ¡oh dolor! protecciones humanas recomiendan la fe divina: Cristo parece despojado de su virtud á la par que se intriga en su nombre: amenaza la Iglesia con destierros y encarcelamientos; quiere hacer que se crea en ella por la fuerza, cuando en otros tiempos era creída á pesar del destierro y de las cadenas.»

No pudiendo hacer mención de todos los Padres de la Iglesia en el Occidente, nombraremos á Zenón, obispo de Verona (363), que purgó su iglesia de los residuos de la idolatría y del arrianismo, y nos ha dejado setentisiete discursos, cuyo estilo es elegante, aunque no son nuevas sus ideas; á Eusebio, oriundo de Cerdeña, quien, nombrado obispo de Verceli (340), introdujo antes que otro alguno en el clero de su iglesia un género de vida regular, y resistió en el concilio de Milán al emperador, cuya cólera excitó hasta el extremo de llevar la mano á su espada contra aquél. Desterrado entonces, andaba errante de un lado á otro, y se

encontraba en la Tebaida cuando fué llamado por el edicto de Juliano. Sostuvo constantemente á Atanasio. Enviado á Antioquía para establecer la paz en aquella iglesia, no pudo conseguirlo, y tornó á su sede, donde terminó sus días.

Tuvo por amigo á Lucifer, obispo de Cagliari, uno de los más ardientes adversarios del arrianismo y demás cismas: desde su destierro dirigió este prelado al emperador un escrito impregnado de aquella misma violencia que le movía á prohibir á sus ovejas toda especie de comunicación con los herejes (39). Enlazado á él por íntima amistad el diácono Hilario sustentaba opiniones semejantes, llegando hasta á pretender que se necesitaba bautizar de nuevo á los arrianos que querían volver al seno de la Iglesia: por este motivo le había dado San Jerónimo el sobrenombre de Deucaión del mundo.

**San Ambrosio, 340-397.**—Pero quien combatió en el Occidente con más denuedo á los arrianos y á los idólatras fué San Ambrosio. Había nacido en Tréveris de un prefecto del pretorio en tiempo de Constantino; y residía en Milán en calidad de gobernador de la Liguria y de la Emilia, cuando el capadocio Auxencio, obispo arriano, exhaló el último aliento (374). Previendo entonces que las facciones harían que fuese la nueva elección sumamente tumultuosa, se presentó el gobernador en la asamblea á fin de contenerla dentro de los límites de sus deberes, pero apenas entra en aquel lugar gritan todos: *Señor obispo*. Procuró eludir aquel nombramiento apelando á la fuga, y asistiendo á un tribunal en que se trataba de imponer la pena de muerte. Mas no logrando nada por este medio, se sometió á la voluntad de Dios, cuyas milagrosas señales conoció claramente, y permitió que le bauizaran (40), le ordenaran de sacerdote y luego de obispo. Distribuyó su dinero á los pobres, donó sus propiedades á la Iglesia, salvo el usufructo, que reservó á Marcelina, su hermana, confió á Sátiro, su hermano, la administración de su casa y se consagró plenamente al santo ministerio.

Se puso á estudiar las Escrituras y los Padres, lectura para él nueva, y lo hizo con tanto fruto, que no tardó en ser denominado el primero de los doctores de Occidente. No quiere esto decir que poseyera el genio de un Gregorio, de un Basilio, de un Crisóstomo, sino que tenía en más alto grado aquella actividad práctica que le hizo más sublime todavía en sus acciones que en sus escritos. Su vida, que nos ha sido conservada por un testigo elocuente (41), era como la de los demás obispos de

entonces, absorbida por los más diferentes cuidados; juzgaba los numerosos asuntos que le sometían los fieles, administraba los hospitales, socorría á los pobres, acogía á todos afablemente, y en medio de estas ocupaciones, meditaba y componía. Se le confiaban misiones de suma importancia, en razón de su experiencia de los negocios. Al morir Valentiniano le encomendó sus hijos: el obispo apartó á Máximo de entrar en Italia, lo cual fué causa de que éste se quejara posteriormente de haber sido engañado. Cuando hubo muerto Graciano fué á reclamar su cadáver. Teodosio, á quien exponía la verdad con una franqueza que no imitaron siempre sus sucesores, enseñándole lo que distinguía al sacerdocio del imperio, decía de su persona: *No conozco más que á Ambrosio que lleve dignamente el nombre de obispo.*

De él recibieron obispos algunas iglesias que nunca los habían tenido; visitaba y alentaba á sus hermanos, y á veces los reunía en concilios, intercedía en favor de los reos de Estado: vendía los vasos del templo para rescatar á los prisioneros hechos por los godos. En suma, ejercía con dignidad y amor el tribunado que los obispos habían asumido en nombre de Cristo desde que se abolió en nombre de la ley; acudiendo en la ayuda del pueblo con la palabra y con las obras, invocando la justicia ó la indulgencia de los príncipes, y haciendo valer en favor de los infortunados y de los indigentes las doctrinas de la pobreza, de la igualdad y de la redención del hombre por la sangre de una víctima celeste. De este modo entendía los deberes del episcopado.

Ambrosio poseía en alto grado el arte de ganar las almas y dirigirlas; profundo en el conocimiento del corazón humano sabía aprovecharse de las circunstancias propicias, sin que le abatieran los acontecimientos siniestros y aprovechándose de los prósperos. Su celo ardiente en predicar la virginidad hacía que infinitas jóvenes acudieran aún desde muy lejos para consagrarse á Dios en sus manos; y los milaneses encerraban á sus hijas á fin de que no se dejaran arrastrar por sus exhortaciones. Después recogió y envió á su hermana Marcelina los discursos que dirigía á las vírgenes. Compuso otro libro para exhortar á las viudas á las virtudes de su estado.

Dos magnates vinieron desde Persia á Milán, donde era amado como un padre, solo para oírle: y después de haber discutido con él desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche sobre cuestiones alegóricas, volvieron á emprender su viaje sin hacer en la ciudad otra cosa. Por el relato de sus virtudes, Fritigila, reina de los marcomanos, abrazó el cristianismo, y le envió magníficos regalos, pidiéndole sus instrucciones. Todavía más conmovida después de haberlas recibido, se encaminó á su residencia con intención de oírle de su boca; pero sólo le fué dado orar sobre su sepulcro. Príncipes bárbaros que se hallaban reunidos en un banquete con el conde de Arbogasto, le pregunta-

(39) *De non conveniendo cum hæreticis.*

(40) Elegíase el obispo en cualquiera situación que se encontrase; ni aun se necesitaba que fuera cristiano. El concilio de Constantinopla nombró obispo de aquella ciudad á Nectario, que ni siquiera estaba bautizado.

(41) Paulino su secretario.

ron si conocía á Ambrosio, y como les respondiera que era su amigo y comía con él amenudo, añadieron: *Ya no nos sorprende que seas tan venturoso en los combates, puesto que tienes relaciones familiares con un santo cuya palabra haría que el sol parara su curso* (42).

Apenas cesó de vivir Valentiniano, cuando el emperador Graciano, educado por el poeta pagano Ausonio, declaró por un edicto que cada cual podría reunirse y honrar á la divinidad como juzgara conveniente, á excepción de los maniqueos, de los fotinianos y de los eunomianos. Pero Ambrosio supo inducirle en breve á otros sentimientos, y persuadirle á que descargara el último golpe sobre la antigua creencia. Desde luego se manifestaron las nuevas intenciones del emperador con la orden de quitar del Senado de Roma la estatua de la Victoria. Después incorporó Graciano al fisco todos los bienes afectos al sostenimiento de los templos, de los pontífices, de los sacrificios. Abolió los privilegios civiles y políticos de las vestales, y prohibió á los sacerdotes aceptar otras mandas que las de bienes muebles (43).

Asustados de estas medidas la nobleza romana, los jefes del Senado, y los que se obstinaban en denominarse *la mejor parte del género humano* (44), enviaron una diputación á Graciano, rogándole que suspendiera la ejecución de aquellos decretos. Con la esperanza de producirle más impresión, le mostraron los diputados el ropaje del sumo pontífice, que se conservaba con extremado esmero, á fin de que le recordara la larga serie de sus predecesores que habían usado aquella vestidura, símbolo de poder supremo en la tierra y de honores divinos en el cielo. A pesar de todo no se rindió Graciano á aquellas demostraciones, y respondió que semejante ornamento no convenía á un cristiano (45). Quedó pues sin sumo pontífice la religión antigua, y el sacerdocio fué despojado de los bienes que hacían que fuera ambicionado, aún después de haber perdido sus honores y privilegios.

No coronó mejor éxito la embajada expedida á Valentiniano II para que volviera á erigir el altar de la Victoria, y las súplicas de Simaco (46) y

(42) PAULINO, *Vida de San Ambrosio*, números 25, 30 y 36.

(43) SIMACO, lib. X, epíst. 54. Carecemos del texto original de esta ley, pero existe una de Honorio dada en 415, (*Cod. Teod.*, XVI, 10, l. 20) del tenor siguiente: «En conformidad de los decretos del divino Graciano, ordenamos aplicar á nuestro dominio todas las propiedades (*omnia loca*) que el error de los antiguos aplicó á las cosas sagradas.»

(44) SIMACO, I, 46.

(45) ZÓSIMO, IV, 36.

(46) *Ilustrísimos emperadores Teodosio y Valentiniano II.*

«Cuando vuestro numerosísimo Senado vió dominado el vicio por las leyes, y que la gloria de los últimos años había recibido de buenos príncipes nuevo lustre siguiendo el

de Libanio con tal fin son el último grito del paganismo que se siente herido en el corazón. Simaco defendía en el gentilismo las instituciones pa-

impulso de un siglo tan afortunado y dando libre expansión al dolor comprimido durante tanto tiempo, me confié por segunda vez el encargo de hacerme intérprete de sus quejas. Hace poco que los perversos consiguieron que nos fuese negada la audiencia sabiendo que se nos administraría justicia. Mi misión es doble: en clase de prefecto vuestro, defendiendo los intereses públicos; en clase de enviado, vengo á sostener el voto de los ciudadanos. No debe esto causarnos maravilla, porque desde hace mucho tiempo han cesado de creer vuestros súbditos que el apoyo de los cortesanos pueda servirles para triunfar en sus cuestiones. El amor, el respeto, la adhesión de los pueblos valen mucho más que el poder. ¿Quién querría tolerar luchas privadas en el seno de la república? Con razón castiga el Senado á todo el que se atreve á anteponer su autoridad á la gloria del príncipe, y nosotros buscamos solícitos vuestra clemencia; pero ¿se nos podrá culpar de que defendamos las instituciones de nuestros abuelos, los derechos y el porvenir de la patria, con el mismo calor que defendemos la gloria de nuestro siglo, que será mucho mayor, si no permitis nada que se oponga á los usos de nuestros padres?»

Nosotros reclamamos la observancia de la religión que por tan largo espacio ha servido de sosten á la república. Dos príncipes (Constantino y Constancio) siguieron á un tiempo las dos religiones y los dos partidos; el que vino después (Juliano) honró los ritos nacionales; su sucesor no hizo nada contra ellos. Si ya no sirve de buen ejemplo la religión de los antiguos príncipes, sirve de prudencia de los últimos.

«¿Quién habrá tan inclinado á los bárbaros que no pida el restablecimiento del altar de la Victoria? Indiferentes respecto de lo futuro, desoímos los pronósticos de la desventura: pero ya que no atendamos á la divinidad, respetemos á lo menos su nombre. Vuestra eternidad debe mucho á la Victoria; y le deberá más todavía. Sólo el que no ha probado sus favores, ha sido capaz de mirar con desden su poder; pero no lo despreciará nuestro patriotismo, pues los repetidos triunfos os enseñan á apreciarlo. Todos los hombres han tributado siempre adoración y respeto á esta divinidad, por lo mismo que importa mucho tenerla propicia. Si no se quiere respetar de modo alguno la Victoria, déjese á lo menos á la curia su ornamento. Permitid que podamos transmitir á nuestros hijos la religión que recibimos de nuestros padres. Es una cosa grande respetar los antiguos usos. Felizmente duró poco lo que hizo el divino Constancio; guardaos de imitar lo que fué anulado, después de un brevísimo transcurso de tiempo. Nuestros esfuerzos se dirigen á que sean eternas nuestra gloria y vuestra divinidad, á fin de que el siglo futuro no halle nada que corregir en cuanto hayais hecho. ¿A quién pondremos por testigo del juramento de obedecer vuestras leyes y de cumplir vuestros mandatos? ¿Qué temor religioso retendrá al hombre perverso á quien nada le cuesta quebrantar su fe? Dios está en todas partes, y al perjurio no le queda ningún abrigo; pero para evitar el delito es necesaria la religión.

Este altar es depositario de la concordia pública; él recibe la fe de los ciudadanos; y nuestras decisiones no han tenido nunca tanta autoridad como cuando todo el cuerpo ha jurado ante él. Los perjuros serán castigados por los ilustres príncipes, cuya inviolabilidad descansa en un juramento público; pero entre tanto se pretende abrirle un asilo sacrilego.—Lo mismo, dícese, practicó el divino

trias, pero estas hacía mucho tiempo que habían perecido en Oriente, y la opinión cristiana prevalecía de suerte que en realidad debió combatir de

Constancio.—En todo lo demás imitemos la conducta de este príncipe, el cual no obrara así, si otro antes que él no hubiese abandonado el recto camino. Las faltas cometidas por los predecesores, deben servir de escuela á los que les suceden, y la reprobación de un ejemplo anterior enseña á seguir una senda más acertada. El destino quiso que un predecesor de vuestra clemencia no pudiese evitar el ser injusto en materias aún nuevas; pero semejante excusa no nos valdría á nosotros, si imitásemos un ejemplo reprobado por nuestras conciencias. Busque, pues, vuestra eternidad en la vida de aquel príncipe otros ejemplos más dignos de seguirse; él no despojó á las vírgenes sagradas de ningún privilegio; concedió el sacerdocio á los nobles; no negó á los romanos el dinero necesario para celebrar sus ceremonias religiosas; visitó todos los puntos de la ciudad eterna, acompañándole el Senado, en extremo complacido con esto, examinó atentamente los templos; leyó los nombres de los dioses escritos en los frontispicios; quiso saber el origen de aquellos edificios; alabó la piedad de sus fundadores, y aunque de distinta religión, los conservó el Imperio, dejando á cada cual sus ritos y costumbres.

El espíritu divino dió á cada ciudad dioses custodios; y así como todo hombre al nacer recibe su alma, todo pueblo cuenta sus genios tutelares. Esto era útil; y la utilidad liga los dioses al hombre. Pues que la causa primera está envuelta entre tinieblas, ¿de qué otra cosa podrá deducirse el conocimiento de los dioses sino de la tradición y de los anales históricos? Si la autoridad de la religión se funda en el transcurso de largos años, conservemos la fe de tantos siglos, sigamos el ejemplo de nuestros padres, que tan ventajosamente siguieron el que les legaron los suyos.

«Páreceme ver á Roma ante vosotros y oír la dirigiros estas palabras: «Excelentísimos príncipes, padres de la patria, respetad mi senectud, de que soy deudora á una religión sabia; respetadla para que me sea dado continuar profesando mi culto, y no tendréis que arrepentiros de ello. Dejádme vivir según mis deseos, pues que soy libre. Este culto ha sometido el mundo á mis leyes; estos misterios han rechazado á Anibal de mis muros, á los senones del Capitolio. ¿Y qué? ¿Mudaré en mis viejos años lo que me ha salvado hasta aquí? ¿Me pondré á examinar ahora lo que conviene establecer? La reforma de la ancianidad es tardía é insultante.

Pedimos paz para los dioses de la patria, para los dioses indígenas. Deben considerarse comunes á toda la sociedad las cosas que todos honran y respetan. Todos recibimos la luz de los mismos astros, á todos nos rodea el mismo cielo, á todos el mismo mundo. ¿Qué importa la senda que cada uno siga para acercarse á la verdad? No se llega por un solo camino á la solución de este gran misterio. Ocupense los ociosos en discutir sobre tales cosas; nosotros no tratamos ahora de promover disputas, nos ceñimos á suplicaros.

«¿Qué beneficios reportó vuestro sagrado tesoro de la revocación de los privilegios de las vírgenes vestales? Lo que concedieron príncipes nada pródigos, es negado actualmente por emperadores generosísimos. Solo el honor añade algún precio á este estipendio de la castidad, á la manera que las vendas sagradas son el ornamento de la cabeza de los sacerdotes, y así también la exención de los cargos públicos es el distintivo del sacerdocio. Ellas no piden otra cosa que esa vana palabra de inmunidad, pues que su po-

otro modo Libanio. Mientras el retórico antioqueño amaba la antigua creencia como más bella que la nueva, madre de magnánimos hechos y de gran-

breza las preserva de todo daño, y los mismos que las despojan son los primeros en pagarles el tributo de sus alabanzas. La inocencia que se consagra á la salvación pública es tanto más digna de respeto, cuanto que no recibe ninguna recompensa. Purificad vuestro tesoro de esa ligera ganancia, y haced que se enriquezca, no con los despojos de los sacerdotes, sino con los del enemigo. ¿Qué ventaja puede nunca justificar una injusticia? La desgracia de aquellos á quienes se quiere despojar de sus antiguos privilegios es tanto mayor, cuanto que en vuestras almas no halla entrada la avaricia. Bajo emperadores que respetan lo ajeno y resisten á la codicia, nuestros enemigos aspiran más á insultarnos que á empobrecernos. El fisco se ha apoderado de lo que otros legaron al morir á las vírgenes y á los sacerdotes. Os suplico ¡oh ministros de la equidad! que restituyais á la religión de vuestra ciudad su herencia. Los ciudadanos dictan sin temor sus testamentos, porque saben que en el reinado de unos príncipes generosos se respetan sus últimas disposiciones; sea preciosa y sagrada para vosotros esta dicha de que disfruta el género humano. Los ciudadanos, al tiempo de morir, se asustan con cuanto sucede actualmente; y todos preguntaban si la religión de los romanos no está ya bajo la salvaguardia de los derechos del pueblo. ¿Qué nombre se dará á esta expropiación no autorizada por las leyes ni por los comentarios? Los libertos obtienen la posesión de los legados hechos en su favor; no se niegan á los esclavos las justas ventajas que les resultan de los testamentos, y sólo ha de excluirse del derecho hereditario á las nobles vírgenes y á los ministros de los ritos sagrados: ¿De qué sirve, pues, consagrar á la salvación pública un cuerpo sin mancha, asegurar la eternidad del Imperio con los favores del cielo, ceñir de virtudes amigas vuestras armas y vuestras águilas, hacer votos eficaces por todos los ciudadanos, cuando ni aún se tiene el permiso de gozar del derecho común? ¿No sería preferible la esclavitud? Esta conducta irroga grandes daños á la república, pues que la ingratitud nunca dió buen fruto.

No creais que defendiendo ahora tan solo los intereses de la religión; todos los males de la humanidad provienen de excesos de esta clase. Las leyes de nuestros abuelos honraban á las vírgenes vestales y á los sacerdotes, concediéndoles un módico estipendio y justos privilegios de que disfrutaron, hasta que vinieron viles tesoreros que suprimieron los alimentos destinados á la sagrada castidad para darlos á miserables conductores de literas; entonces sobrevino una repentina escasez, y una reducida cosecha burló las esperanzas de las provincias. No debemos echar la culpa de esto á la tierra, ni quejarnos de los astros; el grano no ha sido destruido por las caries, ni la cizaña ha ahogado la mies; el sacrilegio es quien ha esterilizado el suelo. El hambre mató á los que habían negado á la religión lo que le era debido. Cíteseme otro ejemplo de una calamidad igual á esta, y convendré en que todo lo que hemos sufrido ha de atribuirse á las vicisitudes de los tiempos. Hasta los vientos se desencadenaron para agravar la esterilidad. Los hombres tuvieron que buscar su alimento en los árboles de los bosques, y el hambre reunió de nuevo á los aldeanos en derredor de la encina de Dodona. ¿Ha sucedido algo que se parezca á esto en tiempo de nuestros abuelos, cuando se miraba como un honor público el alimentar á los ministros de la religión? Cuando la cosecha era común al pueblo y á las vírgenes sagradas ¿se vió jamás á los hombres sacudir

diosas ideas y oportuna para frases elegantes y armoniosas, Simaco la miraba por el lado político, y confiaba salvar así la cosa pública.

Libiano predicaba su doctrina por medio de la escuela cuyos discípulos se difundían por todas partes, y le mandaban sus discursos y ambicionaban sus votos: Simaco, al contrario, ni daba ni pedía auxilio á las provincias, y el favor que concedía al paganismo se limitaba á Roma y al Senado. Libiano, siempre retórico, no supo elevarse á la libertad general de cultos, por lo cual se limitó á una súplica ya tímida, ya soberbia. Afirma que desde Constantino la política de los emperadores se había dirigido siempre á perjudicar á la religión y empobrecer los templos: aserto tan verdadero, como el decir que los monjes no hacían más que beber, cantar, comer como elefantes, y devastar los campos. Se queja con justicia de que se destruyeran obras maestras del arte, é insulta al emperador con una arrogancia, que tendríamos casi por heroísmo, si no creyésemos que su discurso sobre

las encinas ni cavar la tierra para extraer las raíces de las hierbas destinadas á servir de sustento? ¿Dejó nunca de ser suficiente la fecundidad ordinaria de las provincias para reparar un engaño accidental? El bienestar de los sacerdotes aseguraba el producto de las tierras, porque lo que se les suministraba, lejos de ser una sustracción era un preservativo. En efecto, ¿quién dudaría de que se daba con objeto de asegurar la abundancia universal, lo que hoy reclamamos para que cese la miseria pública?

Tal vez dirá alguno que el Estado no debe estipendar una religión que le es extraña. Los buenos principes no creerán ciertamente que las cosas del público concedidas á una clase particular de individuos puedan pertenecer al fisco. La república se compone de todos los ciudadanos, y cada individuo se aprovecha de lo que de ella emana. Vuestro poder se extiende á todos, pero dejad á cada cual lo que es suyo, y más que la licencia puede en vosotros la justicia. Consultad, pues, vuestra munificencia; y decid si esta no se resiste á considerar como públicas las cosas que habeis trasladado á otros. Los bienes que fueron concedidos una vez á la gloria de Roma, cesaron de pertenecer á los donativos; y todo lo que al principio era un beneficio, se convirtió con el tiempo en débitos. Hay personas que tratan de esparcir vanos terrores en vuestra mente divina, diciéndoos que si no favoreceis la codicia de los raptos, os haceis cómplices de los donatarios; sea vuestra clemencia propicia á los misterios tutelares de cada religión, y en especial á aquellos que en otro tiempo fueron protegidos por vuestros abuelos, que aún en el día os defienden, y que nosotros respetamos.

Pedimos la religión que conservó el Imperio en manos de vuestro divino padre, y dió á aquel feliz príncipe los herederos de su sangre. De su sublime mansión celeste ve correr el divino anciano las lágrimas de los sacerdotes, y cree contemplar su desprecio en la violación de los usos conservados por él libremente. No imiteis el ejemplo de vuestro divino hermano: olvidad un acto que de seguro él ignoraba que habría de desagradar al Senado. Así aparecerá que la legación fué rechazada sólo por el temor de que se pusiese en la necesidad de celebrar un juicio público. El respeto á los tiempos pasados exige que no vacíeis en revocar una ley indigna de un príncipe.

los templos fué compuesto tan solo como ejercicio ó como un desahogo privado.

Ambrosio opuso racionios á racionios (47), y destruyó la argumentación y las esperanzas de sus adversarios. Estos manifestaron su despecho no solo en murmuraciones secretas, sino también en públicas protestas (48). Quizá no fueron ajenos á la rebelión en que Graciano perdió la vida. Mas ¿podía tener su oposición la fuerza que el convencimiento de la verdad infundía á los cristianos, cuando, poco numerosos y diseminados, resistían á órdenes mucho más vigorosas?

Prohibición del paganismo.—El antiguo partido, el que se adhería tenazmente á lo pasado, acabó por desaparecer del todo ante el de los jóvenes que esperaban en el porvenir, en el momento en que ascendió al trono Teodosio, que debió especialmente el nombre de Grande al valor y á la convicción con que puso término á la prolongada lucha de las dos religiones. Si al principio de su reinado toleró los ritos de los gentiles (49), ordenó en breve con una ley general que nadie se contaminase con sacrificios, ni inmolase víctimas, ni defendiese simulacros hechos por mano de hombre (50); vedó enseguida á los magistrados entrar en los templos (51); por último decretó formalmente la confiscación por todo acto de idolatría, y la pena capital por el hecho de haber sacrificado á los dioses (52). El día del Señor se declaró sagrado, quedando prohibidos en él los juegos y los espectáculos, y el calendario jurídico fué reformado con arreglo á las prescripciones cristianas (53).

(47) Los dos discursos de San Ambrosio son tan inferiores en cuanto al arte y la elocuencia al de Simaco, como superiores por la fuerza de la verdad. El se funda en la libertad de conciencia, concediendo que los gentiles pueden gozar del derecho común, pero no pretender favores; sacrifiquen pues á sus dioses, ya que la conciencia debe ser libre, pero no obliguen á los demás á prestarles un homenaje que repugnan. Demuestra que la colocación del altar de la Victoria en el Senado, alejaría de allí á todos los cristianos. Después pasa á echar por tierra las antiguas tradiciones: «¿A qué hablarme de ejemplos? Odio las tradiciones de Nerón; los romanos experimentaron desventuras aún cuando tenían el altar de la Victoria; y su grandeza se fundó por la fuerza de las legiones, no por el poder de las religiones.» Aunque entonces prevaleció la causa de Ambrosio, conviene decir que la oración de Simaco no cayó en olvido, puesto que veinte años después, Prudencio creyó deber escribir una nueva refutación de ella.

(48) SOZOMENES, VIII, 5.  
(49) Zósimo después de describir la tiranía de Teodosio, dice que los súbditos iban á suplicarle hasta en los templos, ya que aún era permitido el mitigarla, según πατρῶν δεσποτῶν. L. IV, 19.

(50) Cod. Teod. XVI, 7, l. 10.  
(51) Idem, l. 14.  
(52) Idem, l. 12.  
(53) Idem, XVI, 5, l. 2.  
Con este motivo se dió el siguiente decreto: Todos los días son jurídicos excepto:

Dícese que habiéndose dirigido á Roma Teodosio, fué recibido por una brillante comitiva de damas y de senadores que salieron á su encuentro; puso entonces á votación el asunto de averiguar si se conservaría ó desecharía la antigua creencia, y se añade que cupo á la idolatría la peor parte (54). No es verosímil este hecho; pero si las leyes de Teodosio atestiguan su celo en favor del cristianismo, prueban por otra parte que no habían cesado los antiguos ritos. Efectivamente le vemos decretar (381), que los cristianos que volvieron á la idolatría no podrían disponer de sus bienes por testamento (55); después (383) hizo extensiva esta ley á los catecúmenos (56), y declaró infames á los apóstatas (57). Repitieron los concilios estas leyes, y los escritores eclesiásticos no cesaban de quejarse de que las ceremonias paganas se conservaban, especialmente en las fiestas, en las saturnales y en los juegos.

Sin embargo, los templos y las capillas fueron cerrados entonces por los magistrados; pero no contentos con esto los monjes y los obispos, impelieron á los cristianos á demolerlos. Salieron en tropel los anacoretas de Egipto de sus ermitas para ir á derribar los santuarios de las dos religiones que habían sobrevivido en aquel territorio, y para colocar las reliquias de los santos, bajo la custodia de piadosos solitarios, en las capillas de Anubis y Serapis. El templo de este último dios en Alejandría, reputado como el más espacioso y magnífico después del Capitolio, fué convertido por el obispo Teófilo en iglesia cristiana. Los supersticiosos egipcios, que creían que la prosperidad de su país dependía del favor de este dios, se asombraron cuando después de los ultrajes que se le habían hecho, vieron al Nilo seguir derramando sobre las tierras sus benéficas aguas. Al frente de una tropa de gladiadores derribó el obispo San Marcelo el templo de Júpiter en Apamea; y aunque los idólatras se oponían á veces con las armas en la mano á aquella destrucción, no por eso dejaba de continuar dirigida por los obispos.

San Martín, 316-400?—Uno de los más celosos en aquella obra fué Martín, obispo de Tours, lle-

|  | Días. |
|--|-------|
| En verano, para las cosechas. . . . .                  | 30    |
| En invierno, idem. . . . .                             | 30    |
| Calendas de enero. . . . .                             | 3     |
| Aniversario de la fundación de Roma. . . . .           | 1     |
| Idem, idem, Constantinopla. . . . .                    | 1     |
| Fiestas de pascuas. . . . .                            | 15    |
| Otras fiestas domésticas. . . . .                      | 41    |
| Aniversario del nacimiento de los emperadores. . . . . | 4     |
|  | 125   |

(54) BEUGNOT, Historia de la destrucción del paganismo, VIII, 8.  
(55) Cod. Teod., XVI, 7, l. 1.  
(56) Idem, l. 2.  
(57) Idem, IV, l. 5.

gado á Francia desde la Panonia, donde tuvo cuna: fundó en Ligugés cerca de Poitiers un monasterio (Marmoutier), que pasa por haber sido el más antiguo en Occidente, y empezó inmediatamente abierta guerra contra la idolatría, ganando las almas, derribando los ídolos y los altares, interrumpiendo los sacrificios, y entregando al hacha y al fuego las selvas profanas. Nombrado por aclamación popular para la silla de Tours (374), á pesar de sus esfuerzos para abstraerse de aquella honra, y á despecho también de los que le rechazaban por sus modales rústicos, sus cabellos en desorden, su tosco traje, no se apartó de la sencillez monacal. Del mismo modo que persistía en querer extirpar la idolatría, se oponía á los tristes errores que se introducían en la Iglesia, y á las violencias con cuyo auxilio pretendían algunos combatir las herejías ahogándolas en sangre.

Por lo que hace al arrianismo se había prevalido en Occidente del favor de Justina, madre de Valentiniano II, que, queriendo extender la autoridad imperial hasta sobre el culto, pidió á San Ambrosio que cediera una iglesia de Milán á los arrianos. Pareció indigna la proposición al santo obispo y la desechó con firmeza. Tratando Justina en su cólera de rebelión el hecho de resistir á las voluntades imperiales, se propuso conseguir su objeto por la fuerza. Empezó por imponer á los mercaderes un tributo de doscientas libras de oro, y por hacer encarcelar á muchos de los que no quisieron ó no pudieron pagarlo. Resuelta despues á celebrar la Pascua á su modo, citó á San Ambrosio ante su consejo; más por un efecto espontáneo del amor que había sabido conquistarse, su grey echó á correr en pos de su huella y en tropel hasta el palacio. Entonces los ministros imperiales hubieron de suplicar al prelado que dispirara y calmara á aquella irritada muchedumbre, prometiéndole que la religión no sería víctima de ningún atentado.

¡Engañosas promesas! Durante la tristeza solemne de la Semana Santa, se trasladaron dependientes de palacio á la basilica Porciana, y luego á la basilica nueva (58), á fin de disponerlo allí todo para recibir al emperador y á su madre. Entonces empieza el pueblo á agitarse en tumulto, y con gran trabajo defienden los guardias las avenidas de los templos. Expuesto un sacerdote arriano al mayor peligro, se vé obligado á recurrir para su defensa á la protección del mismo Ambrosio. Firme en su resistencia el valeroso obispo, declaraba no estar obligado á ceder el templo, por no estar sujetas las cosas divinas al emperador, el cual se halla dentro de la Iglesia, y no sobre la Iglesia y habla al príncipe de este modo: ¿Queréis cuanto poseo? ¿tierras? ¿dinero? Os lo daré de buen grado, aunque mis propiedades pertenecen á los pobres; pero las cosas de Dios no están sometidas al emperador. ¿Queréis cargarme de cadenas? ¿Arrastrarme á la

(58) Actualmente San Victor Grande y San Ambrosio  
T. III. — 58

muerte? Será para mí motivo de alegría; no me abrigaré detrás de la muchedumbre del pueblo; no me abrazaré á los altares implorando la vida; me será dulce caer inmolado por su defensa. Y desde lo alto de la cátedra de la verdad demostraba que es lícito resistir á la injusticia, aunque sin emplear las armas, ni la fuerza, rogaba á Dios que no permitiera que se derramara sangre por su Iglesia. Congregaba á los fieles en las dos basílicas, donde los detenía, ora haciendo que alternaran con él en el canto de los salmos (59), ora predicando, sin cansarse de repetirles que la tiranía del sacerdote es su debilidad.

La firmeza de Ambrosio venció la obstinación de la emperatriz, que hizo abrir las cárceles y quitar las guardias. Conociendo Valentiniano el poder de aquel hombre inerme, decía á sus oficiales: *Si lo mandara Ambrosio me entregartais á él con las manos atadas.*

Sin embargo, poco después se le opuso como obispo un doctor de nombradía entre los arrianos. Además un edicto permitió á los heresiarcas celebrar libremente sus asambleas, pronunciando la pena de muerte contra los cristianos que osaran perturbarlas. Ambrosio recurrió de nuevo á sus armas; la predicación, los cantos sagrados; y noche (60) y día estuvo llena la iglesia de fieles, unanimidad que apartó á los gobernantes del designio de emplear la violencia. El concilio de Aquilea, celebrado poco después del de Constantinopla, y en que representó el principal papel Ambrosio, puso de manifiesto la fe de los obispos de Occidente, quienes pudieron afirmar que nada quedaba de la herejía de Arrio hasta las riberas del Océano.

Ambrosio desempeñó durante veintidos años su laborioso ministerio, y cuando plugo á Dios llamarle á sí no tenía más que cincuentisiete años.

San Agustín, 354-430.—No era el arrianismo la única herejía que desgarraba á la Iglesia, y prescindiendo de las demás por ahora, citaremos únicamente el maniqueísmo. Habían tenido los partidarios de esta herejía un fervoroso prosélito, y después un gran enemigo en Aurelio Agustín, natural de Tagaste en Numidia. No le había preservado una educación esmerada de las seducciones del deleite. Desconsolada Mónica, su madre, de verle abismado en los errores de los maniqueos y en las vanidades del mundo, oraba á Dios por él, y hacía que le amonestaran personas de recomendables prendas. Aun cuando eran estériles los consejos cuantos la veían sumergida en la aflicción, decían para su consuelo: *Es imposible que esté reservado para la perdición el hijo de tantas lágrimas.*

(59) Antes de esta época no estaba en uso el canto alternativo en Occidente.

(60) Ya las iglesias de entonces tenían á su alrededor patios, celdas, monasterios, etc.

La lectura del *Hortensio* de Cicerón indujo á Agustín á la filosofía académica, sin que rechazara por esto los sistemas opuestos; porque las categorías de Aristóteles le parecieron favorabilísimas para el establecimiento de un sistema adecuado al reposo de la inteligencia. Como se perdía á pesar de todo en un cúmulo de dudas acerca de la coexistencia de un dios bueno y de un principio del mal, recurrió para desvanecerlas hasta á la astrología, á la magia, á los éxtasis, con cuyo auxilio los platónicos degenerados creían llegar á concepciones sublimes. Lleno de desesperación acabó por abandonarse al excepticismo, y dejó las investigaciones filosóficas por la relórica.

Necesitando á la sazón Milán de un profesor capaz de enseñar la elocuencia, el prefecto Simaco fijó los ojos en Agustín (384). Fué recibido benévola por San Ambrosio. Las predicaciones del santo obispo, á quien oyó por curiosidad primeramente, despertaron sus dudas filosóficas, y le hicieron sentir la necesidad de aplacar su alma en el seno de una verdad, que estaba ya convencido de no poder encontrar más que en la autoridad y en la fe. De esta suerte las seducciones de lo bello le pusieron en camino de lo verdadero. Avarienta su alma de este bien precioso y del amor ideal, no podía saciarse en los goces terrenales. Inspirábanle disgusto el servilismo universal y la miserable tarea á que se habían humillado las letras, al paso que comprendía el placer de proseguir especulaciones sublimes y de reinar sobre los ánimos. Cuando perecen la patria, la libertad y las inclinaciones que elevan la mente del hombre hacia lo bello, se sumergen los espíritus vulgares en la materia; no hallando las almas escogidas pasto digno de ellas aquí abajo, aspiran á otro orden de cosas más grande á sus ojos cuanto más abatido se halla el mundo real. Habiendo vuelto, pues, Agustín á estudiar las cosas suprasensibles, adquirió de día en día ideas más racionales de Dios, sobre la naturaleza espiritual, sobre el origen del mal, y como los neoplatónicos decían que el mal era una simple negación, su doctrina le pareció concordar con el cristianismo.

Estas disposiciones fueron fomentadas en su corazón por el retiro y el estudio. Dedicóse á refutar á los académicos caídos en el excepticismo, y compuso muchos diálogos, que interrumpía para leer cualquier trozo de los cantos de Virgilio (61).

Cuando titubeaba todavía, un pasaje de San Pablo en que fijó sus ojos casualmente, y en que el apóstol condena el libertinaje, pareció indicarle que la rectitud de la voluntad era el primer paso para encaminarse á la verdad. Hízose bautizar por San Ambrosio (386), y á fin de servir mejor á Dios, volvió á Africa con un hijo natural y con Mónica, modelo de madre cristiana. Antes de zarpar de Ostia decía ésta á San Agustín: «Ya nada

(61) *Dimidium volumen Virgilio audire.*

me importa la vida, porque se me ha realizado la única esperanza que tenía en este mundo. Yo deseaba verte católico, Dios me lo ha concedido con exceso; ¿qué necesidad tengo de vivir más?» Pocos días después estando á las puertas de la muerte, pidió que la sepultasen donde se hallaba; y como alguno manifestase sentimiento en que reposara en tierra extraña, aquella piadosa mujer exclamó: «No sabe lo que se dice. No hay miedo de que al fin de los siglos Dios no me reconozca para resucitarme, cualquiera que sea el lugar en que esté. Solo os ruego de que os acordeis de mí ante el altar del Señor en cualquier parte que esteis.» Y murió.

Agustín mostró empeño tanto en Africa como en Roma por combatir á los sectarios, en cuyos errores había también incurrido, y opuso, en sus dos libros *De las costumbres de los católicos y de los maniqueos*, la bondad real en los unos á lo que sólo era apariencia en los otros; demostrando que los tres sellos de la boca, de la mano y del pecho, de que hablan los herejes, comprendían, lo mismo que sus abstinencias, muchas prácticas supersticiosas.

Hecho sacerdote y luego obispo de Hipona (395), su elocuencia vivaz, aunque incorrecta, seducía la imaginación de los africanos, quienes abandonaban sus ritos supersticiosos para prestar oído á sus largos razonamientos. Discutía con sus adversarios en medio de un inmenso gentío, haciendo tomar nota de las objeciones y de las respuestas. Independientemente de la palabra, se sirvió contra los donatistas de los edictos imperiales, sin consentir no obstante en que se les impusiera la pena de muerte en ningún caso. Tampoco se hallaba completamente estirpada la idolatría, puesto que fueron asesinados sesenta cristianos en Sufeta por haber derribado una estatua de Hércules; pero Agustín moderaba el celo de los fieles que querían destruir los templos, los ídolos, los bosques sagrados, y se apresuraba á responder á las preguntas que le dirigían los principales paganos.

Desde las alturas más sublimes de la metafísica descendía á la educación de los niños: procuraba suavizar la condición de los esclavos, vendiendo hasta los vasos del templo para rescatarlos. Al mantener una correspondencia seguida con las diversas sociedades cristianas del Africa exhortaba en todas partes á la caridad y á la armonía.

Empleaba gran parte de su tiempo en arbitrajes, y decía que le gustaba más juzgar entre los extraños que entre personas de su conocimiento; atendido que en el primer caso tenía probabilidades de adquirir un amigo, al paso que en el segundo lo perdía. Reusaba mezclarse en matrimonios, pedir empleos para otros y aceptar convites para comidas. Modesto en su vestido, en su morada, en su alimento, no se servía más que de vasijas de barro ó de madera, excepto las cucharas que eran de plata; y dos versos inscritos sobre la mesa prohibían hablar mal de los ausentes. Comían con él á la misma mesa los individuos de su clero, ali-

mentados y sostenidos á comunes gastos, según la regla que había establecido. Hizo una fundación para distribuir anualmente vestidos á los pobres, y abrió un hospicio para los peregrinos, donde eran acogidos sin distinción ninguna, diciendo que valía más admitir á un pobre malo que despedir por exceso de precaución á un hombre bueno.

En conformidad á su regla se multiplicaron los conventos en Africa; pero quería que los monjes fueran activos, quejándose de verlos andar de provincia en provincia, vestidos con una túnica grosera, no deteniéndose en ningún punto y cambiando de morada á cada instante, llevando algunas reliquias verdaderas ó falsas; otros creyéndose autorizados por su vestidura y por su profesión piadosa para demandar y aun casi para exigir donativos que subviene de este modo á las necesidades de una pobreza que les hace ricos, ó que recompensan una hipócrita virtud.

Es asombroso el número de Padres que hubo en el siglo IV en que la Iglesia se convirtió repentinamente de perseguida en dominadora. En las tímidas criptas los cristianos no se habían cuidado de sutilezas teológicas, bastando creer y estar dispuestos á sostener la fe con su sangre; y las primeras herejías, las visiones de los gnósticos ó las supersticiones de los simoniacos, fueron más bien una negación brutal del cristianismo; pero cuando se vieron seguros los confesores, los fieles y los monjes, se descubrieron una infinidad de herejías, cuya mayor parte habían nacido y se habían desarrollado en la buena fe y la virtud. Fueron herejes Orígenes, Tertuliano, Eusebio de Cesárea, nombres muy ilustres en la Iglesia; propagaron la herejía los austeros discípulos de Antonio y de Saba; mártires probados por fieros tormentos se separaron de la Iglesia y combatieron á sus campeones, como hemos visto á Melecio combatir contra Atanasio. La causa de esto era que no estaban aun bien definidos los dogmas más fundamentales. A veces también el deseo de huir de un error hacía caer en el opuesto; Orígenes utilizaba los cuerpos hasta espiritualizarlos, al mismo tiempo que Audio y Epifanio amenguaban la divinidad hasta reducirla á figura humana (*antropomorfismo*); y el miedo de errar con Sabelio disuadía á muchos de aceptar la declaración de Nicea (62).

Los emperadores, acordándose de su antigua autoridad ilimitada, querían imponer sus creencias, con lo cual hacían más dura la lucha contra el error. Quedaban en las costumbres demasiados vestigios del paganismo; é irritados los cristianos fervorosos que no conocían la indulgencia, se entregaban á una austeridad inimitable, hasta el punto de mutilarse para evitar el peligro propio y las murmuraciones de los demás.

(62) La herejía de Vagrio, Didimo, Isidoro y otros semejantes, es material y no formal, por no haber recaído sobre ellas ninguna condena de la Iglesia.

En medio de tales tempestades se levantaron los admirables Padres de la Iglesia, prontos á combatir á amigos y enemigos, y á detener el torrente que por todas partes se precipitaba. Por las escasas comunicaciones de entonces, muchas veces no se entendían; tomaban cuerpo acusaciones extravagantes, aceptábanse definiciones inexactas, antes que la Iglesia reunida pronunciase su fallo. ¿Qué extraño, pues, que los Padres fuesen duros y violentos en polémica? San Jerónimo vitupera con furor á sus más ilustres contemporáneos. Crisóstomo y Epifanio se separan diciendo: *Espero que no morirás en tu silla episcopal.—Espero que no volverás á la tuya.* Por una parte nos causa lástima el verlos desordenados en el ataque, iracundos en la defensa, y faltos siempre de aquella regular perfección de estilo que no pueden provenir sino de la reposada meditación; pero cuando los vemos en lucha con los próximos y lejanos, con los súbditos y con los emperadores, errantes de destierro en destierro, enemistados con su propio clero á causa de la disciplina que querían introducir, y con su grey por tener que combatir las supersticiones; obligados á separar los evangelios y los libros falsos de los verdaderos, á tener correspondencia en lejanos puntos con escasísimos medios, á desenmascarar la herejía

envuelta en impalpables sutilezas, y al mismo tiempo á promover la moral y su realización por medio de las leyes, nos sobrecega una admiración que la severidad no basta á disminuir. Y la Iglesia asistía á estos litigios con toda su majestad, atenta á no imponer límites á las creencias donde no fuesen necesarios, y á no reprimir la discusión mientras se mantuviese en los límites de los dogmas sancionados; por esto refrenaba á los propios defensores, y no impulsaba á ninguno por la vía peligrosa de las teorías, persuadida de que su Esposo la conduciría á la meta.

A quien nos acuse de habernos detenido demasiado al hablar de estos hombres, responderemos que darlos á conocer es en nuestro sentir el mejor medio de revelar las condiciones de la sociedad nueva y de la sociedad moribunda, dando una idea de la lucha que tenían necesidad de sostener contra sí mismos y contra el mundo aquellos que de ningún modo querían doblegarse á la abyección común. Ahora bien, nuestro objeto principal es el conocimiento del hombre; aquellos á cuya admiración vulgar brinda mayor estímulo la fuerza irregular que la energía regular y persistente, los que anhelan guerras y elogios para reyes y conquistadores, tómense la molestia de buscar otros libros.

## CAPÍTULO XII

### DIVISION DEL IMPERIO —HONORIO

La separación definitiva de los dos imperios de Oriente y de Occidente empieza en Teodosio, quien por su testamento distribuyó sus Estados entre sus dos hijos Arcadio y Honorio. Al primero dió Constantinopla con la Tracia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Dacia y la Macedonia; al otro, Milán con la Italia, el Africa, la Galia, España, Bretaña, la Nórlica, la Panonia y la Dalmacia, tocando á cada uno la mitad de Iliria. Pero Arcadio apenas había cumplido dieciocho años, y Honorio once, y ambos carecían de las cualidades requeridas en tiempo de paz, y con doble razón, de las que hubieran sido necesarias en medio de tempestad tan deshecha. Es verdad que su padre les había designado por tutores personas de habilidad suma, como Rufino á Arcadio, y Estilicón á Honorio; pero la rivalidad de éstos y de sus sucesores perpetuó las divisiones no sólo de Estado, sino también de intereses entre los dos imperios.

Rufino.—Rufino, natural de Elusa en Gascuña, había ido á Constantinopla para satisfacer su ambición y su codicia, profesando el derecho. Su facilidad de locución le había hecho ascender hasta el puesto de jefe de las dependencias ó ministro de Estado, y le sirvió de esta suerte para ganarse el valimiento de Teodosio. La sagacidad con que supo conservar á la vez la amistad de San Ambrosio y de Simaco puede suministrar una idea de su talento en las artes del disimulo. Aunque realmente se inclinaba de continuo á las medidas más crueles y era promovedor de odios y escándalos, engañado Teodosio por su piedad fingida, le dejó de prefecto en Oriente con absolutos poderes, cuando él partió para Occidente. Este indigno favorito comenzó entonces á abusar de su autoridad, y cuando se halló investido posteriormente con la tutela de Arcadio, hollando toda consideración y toda justicia, no pensó mas que en enriquecerse

con los despojos del mundo (1), vendiendo protección, empleos y justicia. Merced á los tesoros que acumulaba constantemente se proponía casar á su hija con su imperial pupilo, y perpetuarse en el poder por este camino.

Luciano, hijo del prefecto de las Galias, le había comprado á peso de oro el cargo de conde de Oriente; más no habiendo querido prestarse á una iniquidad de Rufino, fué citado por él á juicio, condenándole con pruebas ó sin ellas á una muerte ignominiosa. De sus resultas murmuró el pueblo, y á fin de apaciguarle Rufino ornó á Antioquía con un pórtico, el más magnífico de Siria. En el momento en que saboreaba el infernal placer de la venganza, dirigidos los eunucos del palacio por el chambelán Eutropio, propusieron por esposa á Arcadio una joven llamada Elia Eudoxia, hija de Bauton, general de los francos, que estaba al servicio de Roma. Nada trascendió fuera de aquel augusto recinto, y Rufino lleno de confianza vió los preparativos de la nupcial fiesta, y presencié la salida del cortejo de palacio; pero cuando imaginaba que aquella brillante muchedumbre iba á encaminarse hacia su morada, contempló poseído de inexplicable estupor como se detenía delante de la de Bauton, de donde sacaban á Eudoxia engalanada con los ornamentos imperiales para conducirla al tálamo de Arcadio (25 de abril de 395).

Desconfiando la nueva emperatriz del ministro á

(1) .....*Fluctibus auri*  
*Expleri ille calor nequit.....*  
*Congesta commutantur opes, orbisque rapinas*  
*Accipit una domus.*

Así dice Claudio en un poema contra Rufino, del que á pesar de todo no hacemos caso, sino cuando está apoyado por otras autoridades.